

LAS PROVINCIAS

REVISTA SEMANAL

DIRECTOR: ANTONIO FLÓREZ Y HERNÁNDEZ

ADMINISTRADOR: PEDRO NÚÑEZ

SE PUBLICA LOS SÁBADOS.

Madrid 9 de Mayo de 1891

AÑO I. — NÚMERO 14.

CRÓNICA CORTESANA.

Derramando torrentes de luz, esparciendo aromas, acariciado por las últimas brisas del Guadarrama, los primeros besos del sol y las notas alegres de los pájaros que entonan el himno triunfal, llega Mayo, luciendo el hermoso traje de primavera, y se dispone á prestar sus encantos á las fiestas.

Los rayos de un sol espléndido han hecho brillar las cruces, los entorchados y los aceros en rededor del monumento levantado á la memoria de un héroe.

El sentimiento patriótico y la inspiración del artista eminente se han unido en lazo estrecho para rendir ese tributo, y la *Marcha Real* ha saludado con sus notas, tanto como la lealtad acrisolada del teniente Ruiz, el amor á la patria y el genio artístico de Mariano Benlliure, que en el mármol ha hecho renacer el espíritu guerrero de un valiente, y la firmeza indomable de un pueblo.

Torrentes de luz y de alegría, mujeres hermosas, muchos claveles, *toilettes* elegantísimas, trenes lujosos, temperatura deliciosa; tal es el cuadro á que sirven de marco las tribunas del Hipódromo en el primer día de carreras de la reunión de Primavera.

Hoy, la decoración es distinta.

Aquellos cerros vecinos al lugar de la fiesta se ven desiertos. Los tonos plomizos, las nubes que en el espacio se dibujan, son anuncio evidente de que se va á aguar la fiesta, que temprano ha empezado á remojarse, con lo cual basta y sobra para quitarla atractivos, haciéndola más aburrida y monótona que un discurso de Fabié.

En cambio todo es animación y movimiento en el Palacio de Cristal del Retiro, donde el Círculo de Bellas Artes se dispone á celebrar su certamen.

Desde muy temprano han comenzado á llegar los artistas al *Campo grande* del Retiro para dar la última mano á sus cuadros, lo que se llama *el barnizado*.

El efecto es interesante, y el trabajo, como si dijéramos, de lavar la cara á los lienzos, es curiosísimo.

Agustín Lardhy, Araujo, Plá, Campuzano, Juan Comba, Francés, Abades y tantos otros, no se daban punto de reposo esta mañana, como si cada uno hubiese puesto empeño en ser el primero en dar el último toque.

De todas aquellas figuras, se destaca la de Bernardo Rico—el señor Bernardo, como le llamaba respetuosamente el inolvidable Plasencia,—cuya fisonomía grave, inmutable, parecía hoy la del Comendador, como acontece siempre que D. Bernardo, el simpático Presidente del Círculo de Bellas Artes, se encuentra dominado por alguna preocupación del oficio.

Después de eso, y cuando vea resueltos sus planes, y que *todo Madrid* desfila por el Palacio de Cristal y se hace lenguas de la Exposición de Bellas Artes, aquel hombre que á todos infunde respeto, y que cualquiera, al verle, pensaría que se come á los niños crudos, tornará á su verdadero aspecto, mostrándose tal cual es, amable, cariñoso, cortés, apasionado como artista; en fin, todo corazón, porque Bernardo Rico, aunque no lo parezca, es una persona afabilísima, que de todo sabe, y de todo habla bien.

En suma: un hombre de mundo con vistas á un convento de jesuitas.

Un Gatito de Madrid.

EL SUPPLICIO DE TANTALO.

No era nuestro ánimo, por ahora al menos, insistir en poner de manifiesto ante la pública opinión los efectos del cáncer terrible de la usura, puesto que de todos son conocidos; suponíamos también que, al ocuparse la prensa de relatar tales hazañas, algún movimiento involuntario, alguna rectificación enérgica, algo, en fin, que demostrara, si no arrepentimiento, al menos moderación, surgiría de la jauría de usureros que esquilman honradamente el país, y más principalmente esta población; pero nada ha sucedido en esta forma; antes al contrario; como la necesidad impera á la época presente con tan asoladora insistencia, sigue creciendo el mal en proporciones tan terribles, que ese conflicto, ligeramente apuntado por nosotros, va traduciéndose en espantosa batalla, en la que sin duda alguna sucumbirá quien lucha solamente con las armas que prestar puede la desesperación.

No somos opositores sistemáticos; no hablamos jamás en el terreno de la hipótesis, ni somos fiscalizadores de los actos que pueden parecer censurables; pero somos, ó así al menos lo decimos, porque tal nos parece, propagadores entusiastas de todo aquello que signifique vitalidad, de todo lo que pueda traducirse en progreso; deber, á nuestro juicio ineludible, del que quiera llamarse ciudadano.

La agricultura, la industria, el comercio en todas sus manifestaciones, fuentes de riqueza de los países civilizados, son éste (que no negamos lo sea, pero que no lo parece) vivientes esqueletos que sólo funcionan en sus principales factores, como maniqués movidos por el brazo de la usura; pero funcionan con tal debilidad, que, el solo hecho de pasar la vista por las estadísticas criminales, causa horror, y nos recuerda la frase de Don Quijote *Peor es menallo*.

Hemos de emprender una campaña enérgica, atacando el mal en su raíz, sin que vanos temores nos interrumpan, porque entendemos nosotros que el descubrir hechos concretos y determinados es lo práctico, poniendo de relieve las consecuencias inmediatas y analizando las causas que las producen; pero como sin incurrir en delito no puede decirse la verdad desnuda (dicho sea con todos los respetos que los tribunales nos merecen), hablaremos de los hechos sin citar personalidades, denunciaremos las causas sin descubrir los autores; es decir, diremos todo lo que debamos y podamos decir.

Algo se dijo en el artículo anterior, aun cuando con cierta vaguedad, de la forma en que se extendían los contratos usurarios; son éstos tantos y de índole tan diversa, pero tan iguales en el fondo, que costaría mucho trabajo su análisis detenido; nos dedicaremos, pues, por ahora, al desarrollo del plan de ataque que emprendemos; esto es, descubrir algunos contratos que por su forma parecen compromisos ciertos é ineludibles, cuando en su fondo son precisamente iguales á los que la ley llama *simulados* y marca penas para ellos.

Incurrir en errores en los fallos de los tribunales, es corriente y casi natural, dada la manera con que aparecen escritas las obligaciones; pero téngase en cuenta que jamás un usurero interpondría reclamación judicial alguna, si no tuviera el convencimiento pleno de que está asegurada la presa; por ejemplo: ¿qué objeciones pueden hacerse á una escritura de venta de un establecimiento comercial, de una máquina de la industria ó de cualquier objeto que aparece completamente pagado en su justo precio, y que además de ser legítimamente comprado por el prestamista, tiene éste el rasgo de generosidad de dejarlo en posesión del vendedor para que lo use ó explote mediante un módico precio por el arrendamiento indefinido, ó bien por un tiempo determinado? ¡Ninguna! El plazo venció, los arrendamientos no se satisfacen con puntualidad, el comprador reclama el objeto, y el fiscal no puede hacer más que acordar lo justo: la entrega.

Pues bien; esa escritura, y si esa no, la inmensa mayoría, son escrituras de préstamo; y esa cláusula en que aparece el pacto de retro ó los arrendamientos, son los intereses que devenga el préstamo; seguros estamos de que no habrá quien nos niegue este hecho; nosotros mismos, si llegara el caso, concretaríamos tanto, que no quedaría lugar á duda.

Otro de los documentos de que generalmente se vale la usura para asegurar completamente su crédito (cuyas dos terceras partes es inexacto), es la letra de cambio, por ser el documento que más inmediatamente inutiliza la víctima, y al que la ley, hechas algunas fórmulas facilísimas, convierte en ejecutivo. Extiéndese, por regla general, la letra de cambio, dejando en blanco, como dijimos, el vencimiento de la misma; llega el caso de que el usurero comprende existe algún peligro para su crédito, bien porque se entera de algún banquero que posee otro documento análogo y piensa presentarlo al cobro, bien porque así le parezca, y solamente con llenar el hueco y protestarla aquel día, asegura la presa de tal forma, que, como al deudor no le dolieron prendas al firmar, por ser una cantidad la recibida de necesidad indispensable para el momento, y que sirvió para solucionar un conflicto comercial, queda sujeto á la responsabilidad de una suma que ni en su tercera parte recibió, y burla el prestamista los demás créditos verdad, que no pueden hacer-

se efectivos en razón á que las responsabilidades de solvencia no alcanzan nunca, ni con mucho, á la suma que aparece de la letra autora del fallecimiento moral del obligado á satisfacerla.

Algunos otros documentos utilizan para asegurar sus entregas; pero los dos enumerados son los que más generalmente emplean, porque les proporcionan el lugar que buscan en el cobro: esto es, el número primero.

Causa vergüenza, por no decir otra cosa, que se repitan tan frecuentemente los hechos denunciados, y se espera algo de las infelices víctimas, siquiera sea para no dar el espectáculo tristísimo de una liquidación usuraria que á todos alcance, y evitar efusiones, y no de cariño.

Seguiremos denunciando el mal según lo vayamos conociendo, y conste que serán hechos ciertos los que se digan á la pública opinión; pero no terminaremos este trabajo sin dar á conocer otro personaje que vive y se agita alrededor del usurero, y que, como éste, esquilma y roba sin piedad, sirviéndose de ambas proezas para llegar á la meta del escarnio llamado prestamista.

Este personaje, que sin nombrarlo conoce todos, se llama *agente*, y es el que se encarga de desbalijar las víctimas antes del préstamo, en él, y después de consumado el sacrificio; sus armas son también de efectos venenosos, pero de ese veneno que mata sin remisión; ofrece dinero á todo el mundo, con garantías y sin ellas, eso le importa poco; lo que le interesa es cobrar por cualquier medio sus módicas comisiones, que nunca exceden de 40 por 100, pero que no bajan del 10; circula por la plaza el nombre del que solicita ó no solicita, y de prestamista en prestamista corre la alarma consiguiente, y algunas veces, en vez de facilitar las operaciones, contribuye al descrédito total y á la ruina.

¿Hemos de tolerar tamañas monstruosidades, si queremos vivir honrados? Responda la opinión, que nosotros no nos atrevemos siquiera á comentarlo; pero seguros estamos de que llegará la hora de sacudir la inercia, y se constatará cumplidamente tamañas inmundicias; hay que arrojar, de una vez para siempre, esas bandadas de asquerosos vampiros que, brindando protección, nos arrebatan la existencia y la honra; ahora que la cuestión social cierra sus alas para que se la atienda, y nos invita á contemplar algo extraordinario, fijemos también nuestra atención en ese cáncer social, de extirpación precisa, para que, aceptando el reto que la usura lanza de continuo al país, se convengan aquéllos, que si las víctimas despiertan, no queda un usurero ni para asistir á la Exposición de Chicago, donde concurrirán alimañas de todas clases.

J. Mendizábal.

LA CLÍNICA SOCIAL.

Era una deliciosa tarde del mes de Mayo; terminadas las tareas diarias, nos habíamos citado para dar un paseo que distrajera nuestro ánimo de esas mil penas cotidianas que constituyen el patrimonio más seguro del Médico, varios amigos, que más bien hermanos pudiéramos llamarnos, pues la identidad de caracteres y aficiones, el ostentar el mismo título profesional obtenido con pocos días de intervalo, hacían de nosotros una agrupación inseparable.

El haber indicado uno el deseo de que el Retiro fuera el sitio elegido para la excursión, bastó para que los demás, sin objetar palabra, dirigiéramos gustosos nuestros pasos hacia el lugar propuesto. Poco tardamos en encontrarnos en el paseo que da frente al de coches; lujosos trenes, en que se veían muellemente reclinadas algunas mujeres deslumbrantes de hermosura; briosos corceles, en que cabalgaban personajes conocidos en la alta sociedad; un sol esplendente, que matizaba con sus rayos cuanto iluminaba, y la Naturaleza, que con sus múltiples galas recibía á su estación favorita... formaban un conjunto tan bello y embriagador, que suspendía nuestro ánimo, llenándole de esa suave delectación que en sí lleva siempre la vista de lo bello.

Deseando saborear mejor el risueño panorama que ante nosotros se presentaba, tomamos asiento en las sillas que hay colocadas en el paseo citado; largo rato permanecimos silenciosos, pero al cabo nuestro amigo Manuel, muchacho de chispa, hablador sin igual é ilustrado Médico, rompió la monotonía para increpar á Luis, que, pensativo, apoyaba su cabeza en una mano, y en la otra sostenía una preciosa caña con puño de oro, símbolo de su doctorado, con la cual azotaba maquinalmente la punta de su pie.

—¿En qué piensas, hombre? De seguro que estás forjando alguno de esos artículos que luego saboreamos en los periódicos médicos: ea, déjate de eso; ahora estamos en paseo; admira las bellezas que por él discurren. ¡Oh! qué hermosa muchacha; mira, filósofo, mira qué talle, qué cara, y qué...

No sé hasta dónde hubiera alcanzado la descripción de mi amigo, á no haber sido interrumpido por Federico, que replicó:

—Yo creo que á Luis no le gusta el Retiro; siempre que venimos á este sitio, observo su rostro poco satisfecho, ¿es cierto, caro profesor, lo que digo?

—*Algún triste recuerdo del corazón*,—dijo Manuel, con aquel tono burlón que tanto provocaba nuestra hilaridad.

—Pues lo has acertado—contestó Luis,—sino que,

como tú todo lo tomas á guasa, y es imposible que tengas formalidad, de aquí que siempre veas los asuntos bajo el prisma del ridículo.

—No; replicamos los demás, no es cierto; y para probar que no te has enfadado, refiérenos ese misterio, con lo cual acabaremos de pasar la tarde agradablemente.

Y acomodándonos en los desvencijados sillones de hierro que sostenían nuestros cuerpos, nos dispusimos á saborear la narración de Luis, que esperábamos había de estar impregnada de la poesía y viveza que solía prestar á todas las suyas.

—Pues escuchadme unos instantes, y, como dice nuestro amigo Isidro siempre que habla en el Ateneo, seré lo más breve posible.

En una tarde del verano pasado tuve que prestar los auxilios de nuestra ciencia á un enfermo que habitaba en el barrio de Salamanca; terminada mi visita, el bullicio de los carruajes que al Retiro se dirigían, la oleada de gente que á pie seguía el mismo camino me impulsaron á imitarlos, y á los pocos minutos me encontraba en este mismo lugar; no había dado dos vueltas, y ya me disponía á la retirada, aburrido de hallarme solo, cuando de pronto apareció ante mis ojos la mujer más bonita que pienso ver en todos los días de mi vida, por largos que éstos fueran.

—Adiós, ya pareció aquello, lo que yo me figuraba; en fin, prosigue,—dijo Manuel.

—Venía indolentemente tendida en una preciosa victoria, arrastrada por dos briosos caballos, tan negros, que parecían haberle robado su color á la noche; el carruaje, sólo dejaba ver á medias la silueta de su figura, que dudo tuviera compañera, aunque con grandes penas se buscara; dió orden de parar, saltó á tierra con un movimiento graciosísimo, y seguida de su lacayo se puso á recorrer el paseo: quedé admirado de su belleza; no la quiero describir, porque sé que el bromista Manuel me había de interrumpir más de una vez con sus ocurrencias; pero sí he de decirlos que desde que la ví no sé qué sensación tan extraña experimenté, qué inquietud, que á pesar de mis buenos propósitos de no hacer caso de semejante mujer, instintivamente seguí sus pasos, y sin darme cuenta me acerqué á su lado, donde la expuse lo violento de la pasión que había encendido en mi alma; acogió mis palabras con desdén; mas poco á poco fué prestándolas atención: á la segunda vuelta manifestó deseos de retirarse: la acompañé hasta el carruaje, y antes de despedirse, después de viva insistencia por mi parte, dióme las señas de su casa, anunciándome que si quería verla, fuera sólo en el paseo, ó en el teatro, por serla imposible concederme sus miradas en otros sitios que no fueran los indicados; aquella noche me dijo que iría al Circo de Price: la ví partir al galope de sus caballos, dándome el último adiós con una sonrisa que me acabó de enloquecer: yo quedé clavado en el sitio donde me dejara, y una vez repuesto de la inmensa alegría que me inundaba, llegué con paso acelerado á mi casa, comí poco, y sin apetito, y siglos me parecieron las tres horas que pasaron hasta que pude presentarme en el teatro.

Allí estaba, en un palco platea, vestida de blanco, con una chaquetilla de terciopelo granate, adornada de valiosos encajes, con aquel rostro virginal, con aquellos cabellos de oro y aquel perfume de candor y hermosura que en su derredor esparcía.

La acompañaba un caballero de edad respetable, y otras dos señoras, también de algunos años; pasé por delante de su localidad, y con una sonrisa imperceptible, pero notada por mí, pareció saludarme é imponerme silencio; transcurrieron los primeros números: durante el descanso encontré al Dr. López, que después de estrechar mi mano cariñosamente, me dijo:

—Qué mujeres tan hermosas hay esta noche en el Circo, pero ninguna como aquella rubia;—y me señaló á la dama del Retiro:—¿usted la conoce? me parece que le está mirando con demasiada insistencia.

—Yo no,—le replicó gozoso, al ver que, efectivamente, dirigía sus lentes hacia nosotros.

A la mitad de la segunda parte salí á buscar un simón, le tomé por horas, y una vez terminado el espectáculo, la ví partir en su carruaje en compañía del anciano; dió orden á mi cochero de seguirlos; á los pocos instantes paramos en la puerta del café Suizo; allí, después de tomar chocolate, volví á ocupar su coche, que la dejó con el anciano en el domicilio que por la tarde me indicara; fuíme á dormir hondamente preocupado: no sabía qué juicio formar de aquella mujer, ni acertaba á descubrir qué relación podría haber entre el viejo y su bella compañera: unas veces me la figuraba esposa sacrificada al interés; otras hija, y en estos escarceos pasé la mayor parte de la noche sin pegar los ojos: excuso decir que á las ocho de la mañana estaba delante de los balcones de su casa; pero diéron las nueve, las once, sonó el mediodía, y permanecieron cerrados; la impaciencia me obligó á informarme en la portería, y supe con espanto que á las cinco de aquella mañana había salido en el expreso del Norte, para desde Santander marchar á América.

—Valiente camelo: esto es lo que se llama un timo amoroso; vaya, que la cosa tiene lances, dijimos unos en pos de otros.

—Pero supe más: averigüé que aquella mujer de cara tan virginal, de talle tan seductor, de mirada tan dulce, era una entretenida de alto bordo: que aquel vejete pasaba por su amante, y que la sostenía con un lujo asintático; largo tiempo estuve impresionado con la ocurrencia, y unas veces sentía coraje al ver la burla que se me había jugado, y otras inmensa compasión hacia aquel pobre ser que sacrificaba su juventud y belleza en brazos de un decrepito: no volví á ocuparme más de la aventurera, y sin embargo comprendía que la gran impresión que en mí había producido no se borró por completo, pues cada vez que veía una mujer cuya silueta semejava á la suya, sentía en todos mis nervios una sacudida dolorosa.

Transcurrieron algunos meses: una noche me hallaba de guardia en la Casa de Socorro, donde sabéis presto mis servicios, y á las tres de la madrugada fui llamado

con mucha urgencia; acudí en seguida, y entré en una casa lujosamente amueblada: todo en ella demostraba la opulencia de sus dueños: valiosos cuadros con preciosos marcos de peluche, ricas tapicerías, porcelanas, mármoles, bronce, todo, en fin, cuanto inventó el lujo para satisfacer el gusto más delicado, se hallaba reunido en las habitaciones donde acababa de penetrar; atravesé con rapidez tres ó cuatro de ellas, y por fin llegué á la alcoba del paciente, que ofrecía un lujo parecido al del resto de la casa: un anciano se hallaba sentado á la cabecera del lecho, y hundida en él una mujer, que observé con el extertor de la agonía; no eran otros que la hermosa rubia, y su veterano compañero: no quiero describiros la sorpresa que de mí se apoderó, y los mil encontrados sentimientos que dentro de mi pecho estallaron de repente: pronto lo olvidé todo, para acordarme tan sólo de que era médico; y no viendo en la ciencia remedio alguno para aquella infeliz, cuya vida se escapaba, dispuse traieran la Extremaunción de la parroquia más próxima; pero aunque solícito acudió el sacerdote, encontró tan solo un cadáver.

Ya sabéis el papel tan poco airoso que representa el médico en ocasiones parecidas; añadid á esto lo violento de mi situación, y tendréis idea del mal rato que pasé; debió comprenderlo así el buen viejo puesto que me dijo:

—Doctor, Ud. sufre; no se violenta por más tiempo; ya nada podemos hacer por esta desdichada joven, á quien la enfermedad acaba de arrebatarnos.

No supe qué contestar: tal era la turbación de que me hallaba poseído; pero disimulando cuanto pude, me mostré lastimado de aquella desgracia, y aun me atreví á interrogarle acerca del parentesco que le unía con la difunta.

—Ninguno,—me replicó;—tan sólo me ligaban á ella esos dulces lazos que nacen entre un hombre de mis años y una niña á quien vió nacer, y á cuyos padres profesaba una amistad fraternal.

Quedé admirado de la confesión del anciano, y aunque al principio pudiera haberme cabido alguna duda respecto á la veracidad de sus palabras, fueron pronunciadas con un tono tal de sinceridad, que no daban lugar á la más ligera sospecha.

—¿En fin, doctor, si Ud. supiera la historia de esta desgraciada, y la poca culpa que ella misma ha tenido en sus extravíos!

—¿Pues quiénes han sido sus causantes?—pregunté con viveza.

—Sus padres—contestó amargamente,—que desde sus primeros años, en vez de mostrarla los senderos del bien, inconscientemente, y cegados por el loco cariño que la profesaban, la arrastraron por el torcido camino que había de conducirla en no lejano plazo al palacio del vicio.

Dicho esto, pasó á un gabinete inmediato, al cual le seguí maquinalmente, nos reclinamos en un precioso diván, continuando su relación de esta manera:

—La posición de mis amigos era desahogada; el padre ganaba en la Bolsa, con sus operaciones bursátiles, más de lo preciso para el sostén de la casa, y excuso decir á usted, mi buen doctor, lo mimada que esta niña se encontraría; trajes riquísimos, juguetes de fantasía, amigas hospedadas continuamente en la casa paterna, cuanto su carácter vivo y caprichoso deseaba, todo era proporcionado por los autores de sus días, bajo el pretexto de no querer disgustar á su querida niña; pero, ¡ay! á la par que tanto la complacían, descuidaban de una manera ostensible su educación, no ocupándose para nada de formar el corazón de aquel capullo próximo á convertirse en flor, apenas si delectaba con trabajo; escribir, nada absolutamente; de las labores propias de su sexo, no hay que hablar, y así fueron formando su carácter discolo, perezoso, haciéndole sólo respirable la atmósfera fútil y de placer en que se había desarrollado. Un día se encontró abandonada de la pubertad; la mujer reemplazó á la niña; su belleza, que ya era grande, adquirió tal perfección, que su rostro ovalado, en que la nieve y las rosas porfiaban para darle hermosos matices, era el encanto de cuantos la veían; pero la fortuna es avara de sus dones, y al mismo tiempo que se esmeraba en adornar á esta criatura con todas las perfecciones de lo hermoso, hirió de muerte al capital de la familia, y pronto se dejaron sentir las terribles consecuencias de este suceso.

Acostumbrada la hija al lujo, y siéndola imposible soportar las privaciones; careciendo de la educación literaria y hasta social más ligera, un hastío grande se apoderó de su espíritu; yo, que entonces—dijo el buen anciano enjugando una lágrima—acudía á la casa quizá con más frecuencia que cuando nadaban en la riqueza, me dolía en mi interior de ver aquella joven, siempre tan disgustada é incapaz de servir para nada bueno; más de una vez la aconsejé cariñosamente, pero en vano; válida de la confianza que conmigo tenía, me contestaba con un gracioso mohín, dejándome con el consejo en los labios; hubo una circunstancia que me hizo concebir la idea de que había de cambiar el modo de ser de mi amiguita; un muchacho despejado, estudiante del último año de Medicina, la hizo el amor; todos conocíamos que el pobre estaba locamente enamorado de ella, y nos mostrábamos gustosos de tales relaciones, pues el talento y aplicación del novio, su fortuna, que era más que mediana, y el concluir en breve plazo sus estudios, nos hacía entrever un porvenir risueño para ambos; pero no quiero recordar el golpe tan terrible que todos llevamos con un hecho que llenó de luto á nuestros corazones: una tarde desapareció de la casa de sus padres en compañía de un perdido que hacía una semana la paseaba la calle, montado en brioso corcel que le prestaban los amigos.

Al llegar Luis á este punto de su historia, nuestro amigo Manuel, que desde las últimas palabras se mostraba presa de una viva inquietud, perdió de pronto el color del rostro, se descompuso de tal manera su fisonomía, que asustados todos, y sin saber qué explicación dar á tal fenómeno, nos levantamos presurosos á tiempo que, repuesto sin duda de la impresión que le causara el sincope, contestó con aquella risa burlona que le caracterizaba:

—No es nada, amigos míos; sigue Luis; tu relato me

ha impresionado de tal manera, que á poco me desmayo.

Esta vez no creímos en sus bromas; pero notando su mejoría, é impacientes por conocer el final de la narración, suplicamos á Luis prosiguiese, y continuó de esta manera:

—Desde el momento de la desaparición de María—dijo el simpático anciano—la casa de mis pobres amigos se convirtió en un valle de lágrimas, y tan hondas fueron las heridas que el suceso causó á su afligida madre, que á los pocos meses dejó de existir.

Desde entonces la vida de María fué un desorden completo; abandonada por su primer amante, tuvo otros varios, en brazos de los cuales encontraba aquella opulencia y manera de vivir *sui generis* á que se había acostumbrado en casa de sus padres; varias veces tuve ocasión de hallarla en la Corte y fuera de ella; siempre procuré apartarla del mal camino; nunca pude conseguirlo: alguna vez parecía mostrarse arrepentida; en más de una circunstancia tuve que prestarla verdaderos favores, haciéndole por ella todos los sacrificios imaginables; pero nunca conseguí mis propósitos; el vulgo, que alguna vez me vió en su carruaje, en su palco y en su casa, llegó á tomarle por su amante; sospecha que hizo me apartara de su lado lo más posible; la última vez que la acompañé al teatro fué la víspera de su partida á América; toda la noche estuve rogándola suspendiera la marcha y aceptara una ocupación que decorosamente la proporcionaría la subsistencia, todo inútil, partió, y no volví á tener más noticias suyas hasta hace unas dos semanas, que me envió una carta diciéndome que se hallaba en Madrid, y rogándome viniera á verla, pues se encontraba enferma; una fiebre nerviosa, según el dictamen del profesor de cabecera, ha sido la causa de su muerte; ¡pobre niña! dijo el anciano mirando hacia el cadáver con tristeza; su talento natural, su carácter impresionable y su corazón sensible, hubieran hecho de ella una mujer perfecta si en sus primeros años una mano amiga la enseñara el recto sendero del bien.

Despedíme del anciano, no sin antes lanzar una mirada á los fríos despojos de la única mujer que ha logrado impresionarme de veras.

Al retirarme al local de mi guardia no pude entregarme al descanso; llegó la mañana y me trasladé al cementerio donde debía ser sepultada: al poco rato ví llegar el fúnebre cortejo; en modesto carro fúnebre descansaba el ataúd, y detrás el venerable anciano en un coche de alquiler; al vernos nos estrechamos las manos, y con una sola mirada nos dimos á entender que igual sentimiento nos había llevado á la mansión del olvido; se descubrió la caja; apareció toda vestida de blanco, con el pelo tendido y cubierta de flores. Mientras el capellán del Campo-santo rezaba las últimas preces, la estaba contemplando con ese afán con que se mira un objeto que no ha de volver á verse. ¡Qué deliciosa estaba la mañana! Los pájaros cantaban escondidos en los arbustos, y el sol, mandando sus benéficos rayos á la tierra, parecía revestirlo todo de extraordinaria alegría; al fin cerraron pesadamente la caja; con cuerdas la fueron bajando lentamente al fondo de la sepultura, y cuando las espaldas de tierra caían sobre la madera, el ruido seco que producían me causaba daño; entonces recordaba la tarde en que, deslumbrante de hermosura y elegancia, la encontré en el Retiro, y ahora, sola, sin más acompañamiento que un par de personas, sin que uno siquiera de sus admiradores viniera á derramar una lágrima, quedaba sola y abandonada para siempre. Aquí tenéis, mis buenos amigos, la historia, y fácilmente comprenderéis por qué experimento tristeza cada vez que me encuentro en este sitio.

—Gracias por tu narración—le interrumpió Manuel;—si supieras lo que he sufrido durante ella; yo era el joven estudiante que debía haberse casado con María, á quien adoraba con todo mi corazón; en el Retiro la ví por vez primera, y al Retiro dirigía mis pasos cuantas veces me era posible, acariciando la dulce ilusión de volverla á ver; hoy ya sé su triste fin, y casi puedo decirlos que en medio de todo siento un consuelo; ya no será de nadie, y viva, ¡quién sabe! Para ahogar las penas que estos recuerdos producían en mi pecho, me hice aturrido y bromista, pero ¡ay! que era tan sólo para ocultar mi dolor.

A esto iba ya anocheciendo; la tarde huía velozmente; sólo de vez en cuando algún carruaje retrasado pasaba al escape con sus faroles encendidos; los bosquecillos aparecían á lo lejos como masas informes de espeso ramaje; el paseo estaba solitario; nos levantamos maquinalmente, y silenciosos, con paso acelerado, nos encaminamos á nuestros domicilios.

F. Calatraveño.

CARTAS Á UN PROVINCIANO

V.

Querido Inocente:

Desde que te escribí la última carta han ocurrido infinidad de sucesos por esta villa y corte.

Algunos tienen puntos y ribetes de cómicos; otros son de trascendencia, y no faltan tampoco asuntos sin interés general, pero que meten ruido porque aquellos á quienes incumben se han empeñado en que así sea.

De los de importancia para todos merece que te mencione la cuestión social ó de las huelgas.

Aquí en Madrid, la manifestación obrera revistió carácter legal y pacífico.

No ha turbado nuestra plácida existencia, ni una carrera, ni una alarma, ni un grito subversivo.

¿Es que el socialismo, con su hijo bastardo el anarquismo, se han convencido de su impotencia?

¿O acaso que se han convertido y abandonado sus ideales?

Ni una cosa ni otra, querido Inocente.

Lo que sucede es, que faltos de plan, de medios de resistencia y hasta de jefes los socialistas de Madrid, se contentan con desahogar su mal humor en reuniones y

conferencias, dejando para días más propicios la realización de sus ensueños.

Pero no porque el león esté amodorrado se halla muerto.

Que vea al cordero sin el cayado del pastor, y verá si sacude la fiera el sopor más aparente que verdadero.

Del movimiento en otras capitales de España ya tendrás noticias por la prensa; todo ha ido perfectamente, y el asunto no ha pasado de holgar unos días.

Más vale así.

Ahora te hablaré de otro suceso de la capital de España.

Estamos en plenas carreras de caballos.

Tal diversión, de importación extranjera, no tiene todavía carta de naturaleza en España.

Pero quieren aclimatlarla. Y para ello hasta ofrecen premios a los mejores corredores.

Según dicen, esto se hace para mejorar las razas.

Me place tal protección, porque ella explica el que las carreteras y caminos estén en estado tan poco satisfactorio.

Es cosa natural. Cuanto peores sean las vías de comunicación, más se lucen los caballos que las recorren.

De modo, que procurando el desarrollo de éstos no hace falta la conservación de aquéllas.

Como ves aquí, el ramo de Fomento va por donde debe ir; no por la tierra, sino por la ganadería.

Voy a cerrar mi carta, amigo Inocente, dándote cuenta de una noticia sin interés general, según dije, pero de particular para los candidatos.

El domingo hay elección de ediles.

Son varios los que se disputan servir de balde los intereses de los madrileños.

¡Bendito pueblo en el que existe el pugilato para hacer la dicha de sus habitantes!

Te advierto que aquí hay muchos indiferentes, y las urnas estarán poco concurridas, porque han dado los vecinos en sospechar que tal afán por ser *concejales* debe encerrar algún intrínfulis.

Pero esto es suspicacia.

Madrid es una población que, en punto a servicios urbanos, nada tiene que pedir, como te probaré otro día, y los que murmuran son unos envidiosos.

Adiós, querido Inocente; no te olvides de participarme quién *concejalea* en ese lugarejo de Castilla, pues deseo saberlo, por si puedo haceros un servicio mandándoos cualquiera de los candidatos que aquí sobrarán.

Tuyo siempre—BLAS DESENGAÑOS.

Por la copia,

M. Reinante Hidalgo.

NOTAS DE UN SPORTMAN.

ORIGEN DE LAS CARRERAS DE CABALLOS.

Las carreras de caballos se remontan a los siglos más remotos, y con ellas los circos é hipódromos.

El más antiguo de la Grecia era el del Olimpio, en Elide, cuya tradición hace ascender el origen hasta Hércules; su circunferencia constaba de cuatro estadios de largo y uno de ancho.

En Constantinopla se admiraba un Hipódromo, cuya extensión equivalía a cuatro veces el de Madrid.

Entre los antiguos se celebraban los juegos olímpicos, *nemeenses*, *piticos* é *istmicos*.

En cuanto a los Hipódromos modernos, haremos notar que empezaron a fundarse en Inglaterra, nación que desde hace más de doscientos años está invirtiendo cuantiosas sumas, y ha hecho esfuerzos inauditos para conseguir el maravilloso resultado conocido bajo el nombre de *Caballos de carrera*.

En aquel país del *Sport* por excelencia, los más célebres Hipódromos son los de Epsom y de New Market.

En las primaveras se celebra el famoso Derby, donde se sepultan grandes fortunas, y en el otoño se asiste a las no menos célebres carreras de Oakstake.

Después de Epsom y New Market, los mejores Hipódromos ingleses son los de Ascot, Goodwood, Croydon, Doncaster y Liverpool.

A Inglaterra sigue Francia. Su primer Hipódromo se inauguró en el Campo de Marte; pero habiéndose notado su mala elección en aquel sitio, se fundó después el espléndido Hipódromo del Bosque de Boulogne en 1857.

Chantilly y Vincennes son muy dignos rivales. En Francia también es digno de especial mención el importante Hipódromo de «La Marche», que fué en aquel país la cuna de las carreras de obstáculos, vulgarmente conocidas en el *sport* bajo el nombre de *Steeple chase*.

Nantes tiene también el privilegio de tener un Hipódromo cuyas bien combinadas disposiciones merecen verdaderos elogios y el honor de la imitación.

En Bélgica hay algunos Hipódromos bastante dignos de llamar la atención, principalmente los de Amberes, Bruselas, Gand, Bruges, Liege, Namur, Spa y algunas otras ciudades.

En Alemania, los Hipódromos más notables son los de Francfort, sobre el Mein, y de Banden.

En España, cuatro Hipódromos son los que se reconocen con algún nombre. En nuestras costumbres no ha llegado a encarnar de un modo serio la fiesta hípica de las carreras de caballos. De ahí lo desanimadas que generalmente se hallan, dada la población de sus ciudades y de la época en que se celebran.

De los Hipódromos españoles, los dignos de atención son: el gran Hipódromo de la Castellana de Madrid, que, aunque costó carito para el pueblo, no es del todo malo; el de la Real Casa de Campo, el de La Flamenca en Aranjuez y de Sevilla.

Puede decirse que, con rarísimas excepciones, los que asisten y sostienen las carreras de caballos son unas cuantas docenas de aficionados a esta fiesta, más bien por ser la única de la aristocracia, que por fomentar la cría de la raza caballar, puesto que no exceden de ocho los ganaderos criadores los que presentan algún que otro ejemplar notable.

Nosotros creemos, y con algún fundado motivo, que si los esfuerzos que hacen estos ganaderos en favor del caballo de carrera, lo hicieran en favor de un tipo de caballo de tiro, tiro pesado ó en caballos motores para las faenas agrícolas, tendrían más entusiastas admiradores, y sobre todo, harían un beneficio práctico é inmediato para la agricultura y la ganadería de España, sin embargo de que desde luego nos declaramos partidarios de la fiesta hípica, y aplaudimos sin reservas a la Sociedad de Fomento de la cría caballar en España.

Con más extensión hemos de ocuparnos en el próximo número, para emitir juicios y consagrar la atención necesaria a las carreras de la actual reunión de Primavera.

F.

EVOLUCIONES DE LA GIMNASTICA.

Decíamos en el artículo anterior, que en Grecia la gimnástica tiene un carácter distinto del que tuvo en el Asia, y que en Atenas el Gimnasio, no sólo es el centro donde se ejercita el cuerpo, sino también el espíritu.

La frecuencia de las guerras obligó a los griegos a practicar la gimnasia, y más teniendo en cuenta las armas que los ejércitos usaban, y que los combatientes con frecuencia luchaban cuerpo a cuerpo; con los ejercicios gimnásticos se azeaban al peligro, y les infundían la serenidad de ánimo que en tantas ocasiones demostraron los guerreros de la antigüedad.

Así, el carácter que tuvo la gimnasia fué a la vez sagrado y guerrero; con carácter de gimnasia militar y con el nombre de *Agonística*, se instituyó una serie de ejercicios, maniobras y bailes guerreros. El estudio de los movimientos no dejó duda alguna acerca del incremento que tomaron estas danzas y ejercicios en la educación del pueblo helénico, familiarizándose con la robustez de los atletas, a la vez que se habituaban a los ejercicios más enérgicos del organismo humano.

Los griegos elevaron la gimnástica a la altura de institución nacional.

Los juegos olímpicos estaban en boga; pues lo demuestran los honores casi divinos que hacían a los vencedores; los juegos consistían en la lucha, el pugilato, combate de puños, la panacece, mezcla de lucha y pugilato, el disco, y tantos otros, como carreras a pie, a caballo y en carros. El que era vencedor en estas luchas, el pueblo lo coronaba, y hasta tal punto llegaba el entusiasmo, que cuando el atleta Exaneto volvió triunfante de los juegos olímpicos, se practicó una abertura en las murallas de su ciudad natal para dejar paso a los trescientos carros tirados por caballos blancos que precedían al vencedor.

Ya por aquel entonces la gimnástica reunía conocimientos bastante exactos, estando dividida en cuatro partes: los ejercicios naturales, como la carrera, el salto, la natación y la lucha, se la llamaba *palestrica*; después, a los movimientos con armas, que eran la *aploquia*; las danzas religiosas constituían la *orquestica*; y, por último, se tenía la *gimnástica médica*, que por primera vez se la daba este carácter, constituyendo para la medicina griega una de las ramas más importantes del arte de curar, por lo que la gimnástica alcanza toda su importancia, aplicándola unas veces al desarrollo del cuerpo, otras al tratamiento de diversas enfermedades.

Los gimnasios donde se practicaban a la vez la enseñanza de la filosofía y de los ejercicios corporales, eran inmensos palacios, como lo prueba Atenas, que contaba cuatro: la Academia, el Liceo, el Ptelemaion y el Cynosargo; en ellos, la juventud griega recibía su educación, lo mismo física que moral é intelectual, y los hombres, como las mujeres, asistían a estos centros.

Herodico, habiendo apreciado en sí los buenos efectos del ejercicio, le aplicó a la cura de gran número de afecciones, y llevó hasta el extremo los preceptos del ejercicio; después Iccus propagó la gimnástica médica, aportando nuevos conocimientos, estableciendo así las bases de un tratamiento fisiológico. Para contrarrestar los abusos que se hacían de las fuerzas físicas, decía Hipócrates: «De la proporción exacta entre el ejercicio y la salud, resulta la armonía de las funciones.»

A pesar de los abusos, la medicina griega consiguió un gran adelanto con el estudio de los movimientos, y con la aplicación del ejercicio al tratamiento de las enfermedades se consideraba la gimnástica como uno de los tres orígenes de la medicina, unido esto a los preceptos de los sacerdotes de Esculapio, que era el otro origen de la ciencia médica, y el tercero se fundaba en la enseñanza de los filósofos, que habían hecho comprender el estudio de la medicina en el grupo de las ciencias que profesaban. Hubo un época en que en los gimnasios se reunían los filósofos y gimnasiacos: los unos, explicaban sus doctrinas; los otros, dirigían los ejercicios. ¡Lástima grande que después no hayan seguido unidos! Otro sería hoy el concepto de la gimnástica.

Los griegos, admiradores de la belleza física, de la estatuaría y de las artes todas, pronto dieron a la gimnástica este carácter, desapareciendo el carácter militar que el pueblo asiático había tenido al principio. Grecia parece que fué elegida por el Creador para embellecer su obra más hermosa, la criatura humana, y para que esto sucediese, concurrieron muchas circunstancias: clima, suelo, instituciones y costumbres, todo ayudó allí al equilibrio de las facultades de raza tan privilegiada. que alcanzó la perfecta armonía que la historia, la escultura, la arquitectura, la poesía y la elocuencia nos hacen admirar a través de tantos siglos; la misma armonía que existía entre las facultades físicas, morales é intelectuales del hombre. La benignidad del cielo les daba la salud, la escasez de territorios los hacía sobrios, las costumbres públicas les imprimían el carácter de serenidad que reinaba en todas las esferas de la vida social; a estas costumbres se deben las inmortales reproducciones que la escultura nos ha dado; como en los Gimnasios los griegos se desnudaban, los artistas tuvieron modelos donde inspirarse, y copiando a la naturaleza como único modelo, podemos hoy ad-

mirar la energía y hermosura que alcanzó la raza humana. De otro modo, no habría Venus, ni Venus de Milo, ni Apoxiomenos de Lisipo, como tampoco el Hércules y las Parcas de Fídias, y otros tantos ejemplos de belleza que reunió el Partenón, que hicieron inmortal al maestro Fídias, que con sus obras nos legó la biografía de una época.

Que a la gimnástica deben los griegos su cultura, está fuera de duda; cuando sus costumbres se prostituyeron, la decadencia fué inmediata; mucho tiempo tuvieron por lema de su educación el «colocar el alma de un sabio en el cuerpo de un atleta.» Todos sus esfuerzos tendían a este objeto. Hipócrates le decía al pueblo: «Los bataneos, aplastando bajo sus pies los tejidos, los estrujan, los trabajan, los lavan y los hacen más fuertes quitándoles sus impurezas; lo mismo sucede con el organismo, y esto es lo que hace respecto a nuestro cuerpo la práctica de los ejercicios gimnásticos.»

M. Sanz.

MENTIDERO.

Más por gratitud que por vanidad—aunque en este caso parecemos justificada,—reproducimos las siguientes líneas que el elegante cronista *Asmodeo*—D. Ramón de Navarrete—ha publicado en sus *Ecos de Madrid*, que con tanto interés leen los lectores de *El Correo*.

Sus juicios tienen siempre el valor que les presta la autoridad de quien los inspira. En este caso, más la benevolencia y el compañerismo que otra cosa.

Hé aquí lo que dice D. Ramón de Navarrete:

«La abundancia de materiales nos ha impedido hablar antes del periódico semanal LAS PROVINCIAS, que desde el 17 de Febrero último ha comenzado a ver la luz en Madrid.

«Dirigelo con su conocida pericia é inteligencia nuestro ilustrado compañero de redacción D. Antonio Flórez y Hernández, quien desde el principio ha conseguido prestarle importancia por las materias en que se ocupa, y por la amenidad é interés de sus artículos, a cuyo pie se leen nombres conocidos y estimados.

«Ligereza y amenidad son las cualidades distintivas de esta publicación, según los asuntos que trata; y así como las crónicas firmadas por *Un gatito de Madrid* son modelo de aticismo, parecen su antítesis y su contraste otros escritos en que campean la profundidad y la intención.

«No es por tanto sorprendente que LAS PROVINCIAS haya obtenido desde luego favorable acogida, ni que cuente crecido número de suscriptores.»

Las elecciones de mañana.

La lucha electoral de mañana presenta distintos aspectos y es difícil profetizar sobre el resultado.

En distritos como los de la Audiencia y Buenavista, se presenta muy bien para los candidatos Sres. Ruiz Gómez y Soto, y también en el segundo de dichos distritos son favorables los trabajos de exploración al posibilista señor Zapatero.

En el Hospicio, no obstante lo iguales que resultan los preliminares, el candidato conservador Sr. Peñasco, y el republicano Sr. Zuazo, llevan alguna ventaja sobre el fusionista Sr. Galera. Sin embargo, por parte de los liberales se ha mostrado poco entusiasmo. De otro modo, el triunfo del Sr. Galera sería indiscutible.

En Palacio, de los fusionistas, el que mejor lleva sus trabajos es el Sr. Aguilera (D. Luis Felipe); de los conservadores, el Sr. Díaz Argüelles, y de los republicanos, el Sr. Listrán.

También son causa de que en este distrito no triunfe integra la candidatura liberal, las divisiones que existen en el seno del Comité fusionista, y el alejamiento de elementos valiosos.

En la Latina llevan trazas de sacar la mejor parte los ministeriales y republicanos.

En el Hospital, los republicanos.

En el Centro, los fusionistas, que sacarán al Sr. Gálvez Holguín. Dudoso el Sr. Sabau.

Y en la Inclusa, lo imprevisto.

Debido al interés y celo del Concejal del distrito del Hospicio, D. José Gayo, se están llevando a cabo grandes reformas en la Glorieta de Bilbao, reformas en las que han de invertirse más de 100.000 pesetas.

Nuestro aplauso no puede parecer sospechoso; por eso resulta doblemente sincero para el Sr. Gayo. Nosotros no vacilamos en elogiar a los que alguna vez se han mostrado como enemigos nuestros, cuando éstos saben cumplir con los deberes de su cargo.

Son repetidas las faltas que cometen varias empresas de tranvías; de todo lo cual, el Sr. Berruero hace como que no se entera... y lo demás, averíguelo el curioso lector, que nosotros no queremos dar a nadie título de *demandante*, cuando en rigor no debe ser sino *demandado*.

Prescindimos en este número de las secciones dedicadas a la Diputación provincial y al Ayuntamiento de Madrid, porque en absoluto carece de interés cuanto las dos Corporaciones han tratado en la semana que hoy termina.

Más que Corporaciones de la primera capital de España, parecen tertulias caseras en que el elemento estudiantil hace el gasto, murmurando de las patronas.

Son tantas las cartas que diariamente recibe nuestro compañero de redacción Sr. Celda, que suplica a sus numerosos amigos no se impacienten por la respuesta, siendo así que lo hace por el orden de llegada a sus manos. Al propio tiempo les envía sus atentas gracias por las atenciones de que es objeto con motivo de su regreso a Europa.

Madrid: Imprenta de LAS PROVINCIAS, Espíritu Santo, 18.
Teléfono 1.018.

SECCION DE ANUNCIOS

CASA EDITORIAL

DE

Juan Muñoz Sánchez

CALLE DEL FÚCAR, NÚM. 3.—MADRID.

Obras publicadas por esta Casa, y á las que se admite suscripción.

MATÍAS LOPEZ

MADRID—ESCORIAL

Chocolates.—Cafés.—Tes.

Sagú.—Tapioca.

Napolitanas.—Cacao polvo.

Bombones.

De venta en todas las Tiendas de Comestibles de Madrid y Provincias.

Oficinas: Palma, 8

Depósito central: Montera, 25
MADRID

Fábrica de Dulces

DE

MATÍAS LÓPEZ

MADRID

Sección de Confitería

Almendras bañadas, de Alcoy y Alcalá.
Caramelos suizos y Alpes.
Idem en papel.
Fondant variados y exquisitos.
Pastillas de goma, malvavisco y menta.
Gran surtido de adornos para ramilletes.
Estos productos se hallan de venta en todas las confiterías de España.

Oficinas: Palma, 8

Depósito central: Montera, 25
MADRID

Arquitectura de las Lenguas

por D. Eduardo Benot.

D. Ramón Ortega y Frías.

El Anillo de Satanás.....	2 tomos	56
Las Islas maravillosas.....	2 „	74
La Justicia de Dios.....	2 „	70
El Rey de los Bandidos.....	2 „	70

D. Julián Castellanos.

Odio de raza.....	2 tomos	58
La Venganza de un proscrito.....	2 „	78
El Hijo de la noche.....	2 „	80
El Favorito de la Reina.....	2 „	78
Roberto el Pirata.....	2 „	80
La Hija del verdugo.....	2 „	80
Los Maldicientes.....	2 „	74
El Destripador de Mujeres.....	2 „	82

D. Juan de Dios de Mora.

Los Templarios.....	2 tomos	65
Florinda ó la Cava.....	2 „	66

D. Eduardo López Bago.

Los Asesinos.....	2 tomos	70
-------------------	---------	----

D. Antonio Flores.

Fe, Esperanza y Caridad...	2 tomos	63
----------------------------	---------	----

D. Torcuato Tárrego.

El Secreto de una tumba....	2 tomos	74
El Nido de los duendes.....	2 „	76
El Monje de la Montaña....	2 „	70
El Reloj de la muerte.....	2 „	74

D. V. Moreno de la Tejera.

Crimen y castigo.....	2 tomos	72
-----------------------	---------	----

D. José Conde de Salazar.

La Honradez de un ladrón..	2 tomos	80
El Infierno de un ángel....	2 „	80
La Cruz del Redentor ó el triunfo de la Fe.....	2 „	84
La Gloria del condenado....	2 „	74
El Camino del Calvario.....	2 „	74
El Sagrado Corazón.....	2 „	84
Palillos y Orejitas.....	2 „	74

A. Bravo y Tudela.

María Magdalena.....	2 tomos	80
Teresa de Jesús.....	2 „	82
Moisés.....	2 „	70

OBRAS EN PUBLICACIÓN

La Ciega del Manzanares, por D. Julián Castellanos y Velasco.
El Nazareno, por D. A. Bravo y Tudela.

Se admite suscripción á todas y cada una de ellas, repartiéndose por cuadernos semanales de uno y dos reales, con magníficas láminas al crómo, en casa del Editor, Fúcar, núm. 3. En provincias, en la de los Sres. Corresponsales de esta Empresa

BIBLIOTECA DEL RENACIMIENTO LITERARIO
Á TRES PESETAS TOMO.

De D. Eduardo López Bago.

La Prostituta.—La Pálida, segunda parte.—La Buscona, tercera ídem.—La Querida, cuarta y última parte.—El Cura (caso de incesto).—El Confesorio, segunda parte.—La Monja, tercera ídem.—Carne de Nobles, primera parte.—La Señora de López, primera parte.—La Soltera, segunda ídem.—La Desposada, tercera ídem.

De otros autores.

Crimen Legal, por Sawa.—Noche, del mismo.—El Fango del boudoir, por R. Vega Armentero.—La Venus Granadina, del mismo.—El Señor Obispo, por J. Zahonero.—La Vengadora, del mismo.—El Excomulgado, por H. Ardieta.—La Novicia, por Lovelace.—El Estudiante, por Fraguas.—El Pan Nuestro, por Lastra.—La Histérica, por Flores.

Biografía del Infante D. Sebastián, por D. Joaquín de Roa y Erstarbe.

Veinte lecciones de francés, por D. Luis Besses.—Un tomo, 5 pesetas.
El Gran Apóstol, vida legendaria de San Pablo, por A. Bravo y Tudela.—Un tomo en 4.º, de cerca de 300 páginas.—Precio: 12 reales.
Historia de Santa Catalina de Siena, por D. Adolfo de Sandoval.—Un tomo de 336 páginas, en 4.º.—Precio: 12 reales.
Diccionario de la Lengua Castellana, por Picatoste.—Un volumen en 8.º, encuadernado en tela, 16 reales y 20 en provincias por razón de certificado.
Diccionario Francés-Español y Español-Francés, del mismo autor.—Un volumen en 8.º, encuadernado en tela, 16 reales y 20 en provincias, certificado.
Diccionario Latino-Español y Español-Latino, precedido de Prolegómenos gramaticales, por D. F. Salazar.—Encuadernado en rústica, 42 rs.; en tela ó pasta, 48.
El Correo de la Moda, edición para señoras, publicación la más importante en su género.—Pídanse prospectos y números de muestra.
Novísimo Método Práctico de la Lengua Latina, por D. Francisco Salazar, dos volúmenes, ó sean 1.º y 2.º Curso, con su Clave de temas por separado.—Cinco pesetas cada uno encuadernado en tela.

Calle del Fúcar, núm. 3. Teléfono 1.080.—Madrid.

LAS PROVINCIAS

REVISTA SEMANAL

DIRECCIÓN, REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN É IMPRENTA

Espíritu Santo, 18, Teléfono 1.018.—Madrid

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y Provincias.

Trimestre.....	2,50 pesetas.
Semestre.....	4,50 „
Año.....	8 „

Ultramar y Extranjero.

Semestre.....	3 pesos oro.
Año.....	5 „

Anuncios, comunicados y reclamos, á precios convencionales.

Las suscripciones pueden hacerse directamente á la Administración de esta Revista, en carta al Administrador, ó en las principales librerías de España.

El pago de las suscripciones de provincias puede hacerse en sellos de comunicaciones, libranzas ó letras de fácil cobro.

Tratado de Química orgánica
por D. José R. Carracido.